

La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla, de Valeria Manzano (2017)

Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Reseña por José María Casco

Observatorio de Educación Superior y Políticas Universitarias y Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL) de la Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de La Matanza, Argentina

Uno de los campos más dinámicos del mundo académico argentino es sin dudas, el campo de la historia. En efecto, con una gran renovación generacional, en los últimos años los historiadores han prolijado un cúmulo de investigaciones que posibilitó el conocimiento de diferentes zonas antes pocos explorados sobre la Argentina. El libro que aquí comentamos se inscribe en esa saga y coloca una obra fundamental para conocer distintos aspectos de la cultura en relación a la juventud de nuestro país. En efecto, porque Manzano se las arregla para lidiar con una categoría esquivada que tiene entre sus componentes dimensiones biológicas, generacionales y clasistas revisando los mojones que en la década del sesenta jalonaron las diferentes nociones de juventud, retratando la experiencia de varones y mujeres que protagonizaron la modernización cultural. Colocando de relieve, y esto es quizás una de sus mayores innovaciones, las tensiones que esos años modernos suscitaron en sus protagonistas y la sociedad en general. Porque para Manzano hubo una juventud de la modernización pero también una juventud en contra de la modernización.

En el primer capítulo, la autora revisa el tratamiento que a la juventud le dio Perón, y en esa dirección, como la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) fue el modelo de organización que éste ideó para que los jóvenes llevaran adelante los logros de la Argentina peronista. También como esto suscitó un pronunciado encono de parte de la iglesia y de los sectores que pugnaban por velar por los principios familiares y cristianos más tradicionales. El capítulo importa por su novedad dado que en su mayoría los estudios que se ocuparon de los años del primer peronismo han hecho hincapié en muchos aspectos diferentes pero pocas veces se ha examinado la palabra de Perón hablándole a la juventud. Y porque la autora deja claro que también hubo juventud antes de los años sesenta.

En el capítulo dos, va justamente en busca de las experiencias de esa juventud de los años cincuenta y sesenta, retratando a la escuela secundaria al modo en que vivían ese mundo sus protagonistas. Se detiene en la batalla denominada “laica o libre”, específicamente, en la forma en que los jóvenes de las escuelas secundarias dieron esa lucha desde uno y otro bando y también para analizar cómo la pelea servía a sus protagonistas para escapar de la agobiante rutina escolar. Aparecen allí los grupos que pugnaban por sostener una sociedad tradicional donde la escuela secundaria era un terreno de disputa privilegiado.

En el tercer capítulo el libro recorre el momento en que aparece una industria cultural para los sectores juveniles desde fines de los años cincuenta y cómo el consumo aparece como una disputa por el gusto de sectores y clases, que alrededor del divertimento y el ocio, construyen un mundo juvenil en el momento en que la música, la radio y la TV forman el escenario de las apropiaciones tanto del mercado como de los jóvenes. Los jeans y sus marcas, se convierten en un terreno de combate por las diferencias donde las clases juegan su juego de poder en términos materiales y simbólicos para ser bien vistos y estar a la moda, el término “mersa” en ese sentido, señala la autora, es el organizador de la disputa por el cuerpo legítimo y la vestimenta.

En el capítulo cuatro, el análisis se desliza hacia el problema que generan los cambios en los hábitos sexuales. El sexo pre matrimonial y el famoso caso Penjerek que tuvo en vilo por varios meses a la población a través de los medios, le sirve a Manzano para mostrar cómo el hecho de su desaparición, nunca resuelto, desnudaba el miedo de una sociedad que se resistía al cambio en los hábitos sexuales aun cuando esa libertad era controlada puesto que no cuestionaba al matrimonio. Los jóvenes en ese sentido, fueron el blanco de todas las miradas por ser las protagonistas principales del cambio de época. “Ella se va de casa”, tal el título del capítulo, reconstruye a través de las cartas de lectores de las revistas de moda, la tensión entre los jóvenes que se sentían oprimidas por el ambiente familiar y un pánico moral de parte del mundo adulto que asociaba la libertad con prácticas sexuales promiscuas. Esa tensión pone de manifiesto el modo conservador en que la sociedad Argentina contestaba a los cambios culturales de los años sesenta. Así, enseguida el caso Penjerek, señala la autora, funcionó como un catalizador del pánico moral de una sociedad que se sentía amenazada y no tardó en asociar en esa saga de sexo, alcohol y drogas al comunismo como el propagador ideológico y práctico de esas desviaciones. Ya sobre el final del apartado, la autora analiza cómo gana terreno con el correr de la década la idea de que está bien el sexo premarital pero descubre que quienes adhieren lo hacen en su mayoría porque lo asocian al amor. Por otro lado, muestra cómo la “píldora”, lejos de lo que se cree,

no era de uso regular en la práctica sexual de las jóvenes. Así, la investigación, por su rigor y la notable cantidad de fuentes que cruza en busca de evidencias, desmonta la idea de la revolución sexual de los años sesenta como un festín sin ataduras.

El capítulo cinco, está dedicado al rock, el género juvenil por excelencia, allí la autora encuentra un potente prisma para mirar cómo una cultura contestataria hace frente al conservadurismo cultural y al autoritarismo político. El pelo y la vestimenta se convierten en el terreno de disputa por la masculinidad legítima, en las escuelas y en el ámbito público y familiar. Del mismo modo las canciones que se crean contra el servicio militar y los oficinistas son un emblema de la exaltación de la vida austera de “los pibes de pelo largo”. Manzano afirma, muy certeramente, que los rockeros crearon una comunidad imaginada, una fraternidad, frente a un medio social que se visualizaba como opresivo. Del mismo modo destaca que el ambiente estaba dominado por los hombres apuntado sobre valores que resaltaban la masculinidad cuando eran acusados fuertemente de homosexuales. Se concentra también en la revista Pelo, la primera revista especializada y de mayor duración que tuvo el rock en la Argentina. Ese análisis le sirve para mostrar los datos que la industria mostraba cuando el movimiento pasaba del ciclo uno al dos y se consolida como género juvenil. Están también allí el retrato del hipismo y las comunidades que lo expresaban con los valores y reglas que funcionaban en la fraternidad. Por último, se detiene en las relaciones entre el rock y las juventudes politizadas que adquieren fuerza después del “Cordobazo” para destacar allí vasos comunicantes en una relación no siempre del todo amena.

El sexto capítulo va en busca de desentrañar cómo y por qué la juventud de los años sesenta abrazó proyectos políticos radicales. En la idea de que Argentina pertenecía al tercer mundo hay que buscar, señala Manzano, las razones de la impugnación a la narrativa modernizadora de los años sesenta. La consigna de que era necesaria una comunión con el pueblo fue otra de las fuentes que hizo posible que muchos estudiantes secundarios y universitarios se volcaran al peronismo y así dejaran en el desván las proclamas de la reforma universitaria e impugnarán, asimismo, las revueltas europeas, tildadas de revueltas que centraban sus reivindicaciones en el puro mundo estudiantil.

A caballo de los mensajes que Perón desde el exilio forjaba sobre la juventud y la guerrilla y junto a los cambios que se producen en el mundo católico y sindical, donde fracciones de ambos espacios se habían radicalizado ya a mediados de los años sesenta, la juventud universitaria se oponía al clima opresivo y de proscripción política que se había instalado con Onganía. El “Cordobazo” consolidó aquello que venía de atrás, el liderazgo de la juventud en la política contestataria y colocó las cosas en un marco más amplio, el de las luchas de los países del Tercer Mundo. Esa adscripción, dice la autora, poco resaltada en la mayoría de los análisis, combatía la idea de un país moderno y de clase media como sostenía Germani y lo hacía con las mismas armas de la sociología que el italiano había ideado para el análisis político y social. En otro hallazgo del libro, Manzano describe los viajes al norte argentino que a muchos decidió a inclinarse a la militancia política porque allí esos jóvenes pudieron comprobar la pobreza de primera mano. La idea de integrarse con el pueblo hizo que las universidades y los colegios secundarios llevaran adelante acciones que cambiaban la fisonomía de las casas de estudios, que pasaban de los programas académicos clásicos a programas de una fuerte impronta militante, que se articulaban al trabajo en los barrios populares de Buenos Aires y los viajes al interior del país. Ese giro tuvo su cenit en el año 1973, en el marco de la presidencia de Cámpora y la asunción de Puiggrós como rector.

Ya sobre el final del apartado, el libro se concentra en el drama que se sucede en el interior del peronismo con el regreso del líder y la avanzada sobre la juventud peronista. Amparada en la figura de una novela familiar, Manzano describe el enfrentamiento entre “los viejos” y “los nuevos” y la relaciones de estos últimos con el padre (Perón). La conclusión del capítulo es que fue el peronismo el lugar donde la juventud se convirtió en una categoría política positiva y eso le otorgó un ímpetu como no tuvo ningún otro agrupamiento.

El capítulo siete, analiza las formas en que la cultura argentina puso en escena diferentes maneras de significar y simbolizar los cuerpos. Si por una parte el cuerpo femenino podía ser erotizado y mercantilizado, por otra, el cuerpo guerrillero podía aludir a la masculinidad y la heterosexualidad como muestra de fuerza. En el primer caso, la autora historiza el uso de la minifalda y la forma en que ésta suponía una administración del cuerpo femenino en busca del peso ideal para dar lugar a la imagen legítima de la mujer joven. Pasa revista también al papel de la publicidad en el uso del cuerpo femenino y cómo esto prendió las alarmas de los custodios de la moral y las buenas costumbres. Pero nos muestra como el cuerpo sexuado y el ideal femenino mercantilizado también podían ser usados después del sesenta y nueve para apostar a la revolución. Los estereotipos, dice la autora, servían para el engaño, la figura de la máscara es la elegida para mostrar como en los disfraces, en la vestimenta, el cuerpo expresaba papeles sociales disímiles. En esa dirección, luego el análisis se desplaza hacia los problemas que encontraban los activistas de las disidencias sexuales para imbricar revolución sexual y revolución social en los espacios de la nueva izquierda. Los dirigentes de esos espacios coincidían con los disidentes sexuales en que la apertura sexual de esos años era una pura máscara burguesa pero no asentían en que la revolución sexual pudiera ser afín al socialismo.

Y tal vez por eso mismo la exaltación del cuerpo que aparecía en las semblanzas sobre los militantes señalaba un cuerpo resistente y preparado siempre para la acción, por eso era, señala Manzano, la figura de un cuerpo joven y masculino el que se describía como acorde a las tareas revolucionarias, aquí de nuevo su perspectiva elegida coloca rasgos novedosos al ocuparse del cuerpo en los partidos revolucionarios. Con todo, Manzano señala que la participación de las mujeres en las organizaciones revolucionarias era cercana al treinta por ciento, participación muy superior a la de sus pares de otras organizaciones similares del exterior.

El último capítulo analiza “la restauración del orden” bajo la idea que se esgrimía desde el Estado y se diseminaba capilarmente por toda la población de que se estaba llegando a una desintegración de las costumbres y la moral de la sociedad. Bajo la égida del enemigo interno en el que el blanco privilegiado era, por supuesto, la juventud, había que restaurar el orden en tres niveles diferentes; En la política, en las cuestiones que tenían que ver con el sexo y en el control del consumo de drogas. Antes del golpe y sobre todo con la muerte de Perón, el gobierno apoyado en los sectores más conservadores y en un rotundo giro a la derecha comandado desde el ministerio de bienestar social, se dio a la tarea de ordenar la sociedad. Así, a caballo de leyes y propagandas se articuló la idea de que había un nexo entre juventud drogas y subversión. Si desde mil novecientos setenta y cuatro la represión se ciñó sobre la sociedad como una mancha, a partir del golpe, el desmonte de la mecánica modernizadora fue más agresivo y total. De la publicidad desaparecieron los jóvenes y como se atacaba en todos los frentes, se puso en marcha un plan de restauración en las escuelas secundarias y las universidades con su secuela de desaparecidos. Allí estaba, para las autoridades militares, el origen de la ola modernizadora de los años sesenta. Con todo, la feroz represión no pudo impedir que se armaran núcleos de resistencia y eso mostraba precisamente la escena del rock. A través de los conciertos pero también de algunas revistas el movimiento pudo recrear un “nosotros” que en los resquicios de la cultura represiva construyó una comunidad imaginada.

Sobre el final del capítulo Manzano se concentra en la guerra de Malvinas y la participación que tuvo allí la juventud afirmando que la represión no operó en un vacío social. Esto mismo resalta en sus conclusiones, para dejar claro que ésta no cayó del cielo. Como sea, El libro muestra un compendio de posibilidades para entender la modernización cultural de la Argentina de los años sesenta. Enfocado en la juventud y desde una perspectiva que se asienta en la historia del género y la sexualidad, Manzano muestra como una investigación rigurosa y bien documentada que apela a diversas fuentes puede transformarse en una referencia ineludible de los estudios culturales de la Argentina.